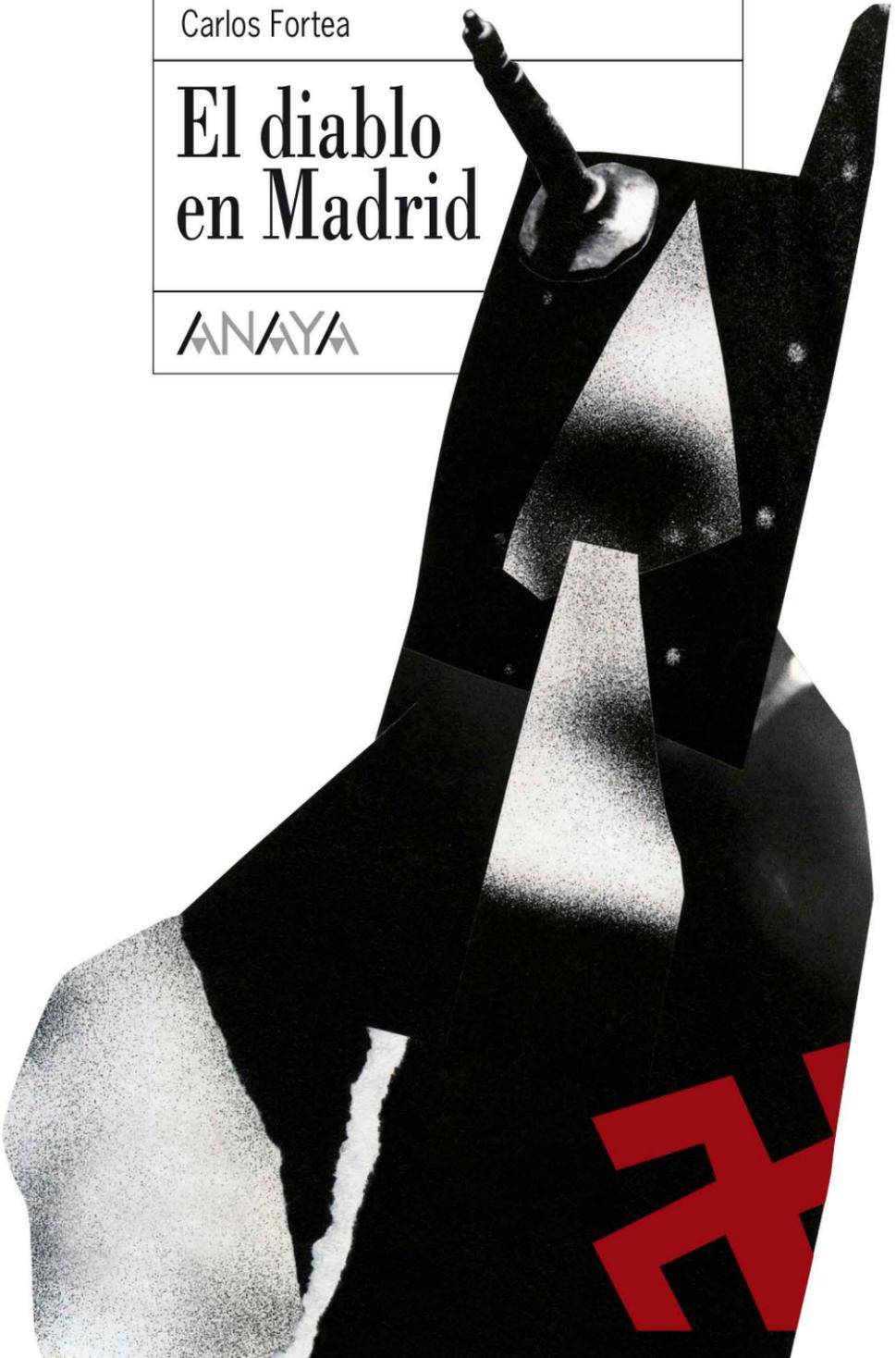


E S P A C I O A B I E R T O

Carlos Fortea

El diablo en Madrid

ANAYA



1.ª edición: marzo 2012

© Carlos Fortea, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2873-3
Depósito legal: M. 4251/2012
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O A B I E R T O



Carlos Fortea

El diablo en Madrid

ANAYA

*Para Celia, primera lectora,
que le puso la fe y el amor,
y me incluyó en su enciclopedia
durante una partida de Scattergories.*

I

Podía notar los latidos de su corazón golpeando contra los papeles que llevaba apretados contra el pecho. La realidad se volvía real, allí mismo, delante de sus ojos, y él tenía el privilegio de verlo.

Porque lo había reconocido. A pesar de los años transcurridos, de que vestía simples ropas de civil, de que sus ojos habían perdido el brillo metálico que los iluminaba en las fotografías, lo había reconocido. Lo habría hecho en cualquier circunstancia, en cualquier momento, en cualquier situación.

Verlo fue como abrir el cajón de los álbumes y los tebeos. Como ver las imágenes de los veranos y de los ríos. Estampas de una infancia que, a su alrededor, todos se empeñaban en llamar difícil, pero que él recordaba con el mismo placer con el que se recuerda el embozo de una sábana en los labios. Con el mismo deleite con el que se oye contar un cuento.

Un cuento de guerra... Allí, bajo aquel árbol de Recoletos, leyendo un periódico arrugado, estaba Lothar Keir, el as de la aviación alemana, el héroe de la batalla de Inglaterra, el mítico piloto de la campaña rusa, el defensor de Berlín.

Había visto mil veces sus imágenes en la edición española de *Signal*, la revista que había desaparecido de los quioscos sin dejar rastro hacía cuatro años, cuando los alemanes, de manera imposible si se hacía caso a los periódicos de Madrid, habían perdido la guerra. De repente se habían terminado aquellas fotografías de rubios guerreros de resplandeciente uniforme negro, de rubias chicas haciendo gimnasia militar en pantalón corto —todavía guardaba los ejemplares—, de máquinas de guerra atravesando Europa. De pronto el No-Do ya no decía nada, absolutamente nada, en los noticieros que precedían a las películas del Capitol.

Daniel no fue capaz de reaccionar. Pensó que le hubiera gustado empezar una conversación con el héroe de su infancia —tenía poco más de doce años cuando la guerra había terminado en Europa—, pero ¿cómo abordarle? ¿Es usted Lothar Keir? Sí. ¿Y entonces qué? ¿He visto su foto en los periódicos? No me digas. Y luego, ¿qué? ¿Le admiro mucho? ¿Es usted mi ídolo? ¿Quisiera ser piloto como usted? La sola idea de decir cualesquiera de esas cursiladas le hacía ruborizarse.

Entonces, Lothar Keir alzó la vista. Dejó por un momento de leer el diario, miró a su alrededor, y se encontró a Daniel mirándolo. Sus miradas chocaron en vuelo como dos aparatos en descubierta.

Y Daniel se estremeció. Aquellos ojos cortaron su interior. Las cejas descendieron unos milímetros, el ceño se frunció apenas, pero la mirada azul del expiloto se endureció hasta alcanzar el filo indetenible de un diamante.

Daniel apartó la vista. Tardó unos segundos en ser capaz de volver a mirar.

Cuando lo hizo, Lothar Keir no estaba. En su lugar había un hombre bajito, apoyado en un árbol. Llevaba

un viejo abrigo de espiguilla que hacía parecer sus hombros más anchos de lo que seguramente eran.

Daniel apretó los dientes. No obstante, acostumbrado a las frustraciones, se dijo que quizá había sido mejor así, se acordó de que estaba allí para hacer un recado, y partió a hacerlo con el resquemor por compañía.

El hombre del abrigo de espiguilla siguió, sin moverse del árbol, los movimientos del hombre rubio, contando mentalmente: cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho. Al llegar a cincuenta, se apartó del árbol y caminó tras él.

Lo vio bajar por el centro del paseo hasta la glorieta de Neptuno, y allí cruzar y seguir hacia abajo, hacia Atocha. Luego, lo vio remontar esa calle y detenerse en un portal, e internarse en él.

El hombre del abrigo de espiguilla aceleró el paso. Tomó mentalmente nota del número del edificio y, al pasar por delante de él, echó un rápido vistazo al interior. Una sencilla casa de vecinos. No se veía que hubiera ningún portero, pero podía estar en la escalera.

Era demasiado arriesgado entrar. Miró a su alrededor en busca de un lugar donde montar guardia, y al repasar de forma panorámica la calle de Atocha, sintió de pronto una gran confusión, y se le llenó la mente de recuerdos. La vio llena de gente que cantaba, de coches que subían y bajaban, y la comparó con el presente día, triste, en el que un solo vehículo remontaba la calle con esfuerzo. Pensó en el silencio, en su propio silencio. Pensó en el libro negro que se estaba escribiendo ante sus ojos desde hacía ya diez años. Pensó en el abismo del pasado.

Desde el otro lado de la glorieta, desde el final de la cuesta de Moyano, la estación de Atocha abría su aco-

gedora boca de cristal y hierro. Recordó el momento en que había recorrido por última vez sus andenes, entonces repletos de escombros y enseres, igual que recordaba constantemente las últimas imágenes de todos los lugares por los que pasaba en esos días. Imágenes de una ciudad en guerra. Imágenes de una ciudad en espera.

Pensó en lo que Andrés le había dicho antes de salir de París: Vas a necesitar la misma paciencia que una araña. Teje tu red, vuélvela a tejer cuando te la rompan, no te olvides jamás de que lo que de verdad importa es la mosca.

Buena suerte, había añadido, y el hombre del abrigo de espiguilla había vuelto a Madrid, a representar una causa perdida.

A olvidar a los amigos perdidos. En los días que llevaba en la ciudad, no se había atrevido a pasar por el portal de la calle de Hortaleza donde había vivido. Había hecho juramento ante sí mismo de no poner en riesgo su misión. De ser como una sombra. Eres como una sombra, le había dicho Andrés, nunca te olvides.

Había conocido a gente interesante en París. Gente como el rabino Gordon, el inglés, que ahora se había ido a Jerusalén a fundar el Estado de Israel. Gente como el barbudo Molina, con sus ojos tristes y su cara redonda y blanca como una luna llena a la que la barba parecía sumir en perpetuo eclipse. Gentes perdidas, gentes sin destino.

—¿Busca usted alguna calle?

Regresó de golpe a la realidad, a la calle de Atocha, al portal que debía estar vigilando, pero del que su mente se había marchado durante quién sabía cuántos minutos.

Frente a él, la mujer lo miraba con expresión vagamente inquieta. Se dio cuenta de que tenía que haber

parecido extraño, allí plantado en medio de la calle, como si estuviera, en efecto, perdido.

—No, señorita —dijo—, solo estaba mirando la estación.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo, sonriente, la mujer—. No a todo el mundo le gustan las construcciones así de modernas, pero a mí sí.

Se fijó en ella. Era joven, muy guapa, y su sonrisa la hacía aún más bonita. Tenía el pelo negro, peinado en una media melena lisa que hacía caso omiso de la moda, y unos labios muy rojos en una piel muy blanca.

—¿Le gusta la arquitectura?

Ella pareció dudar antes de responder. Adelantó un poco el labio inferior, en un mohín difícil de clasificar entre la duda y el disgusto, y entrecerró un poco los ojos negros.

—Mucho —respondió, cabeceando levemente—. Se me daba muy bien dibujar —dijo, como si estuviera cambiando de tema.

—Entonces se le seguirá dando bien —respondió él—. Es usted demasiado joven como para estar hablando de hace mucho tiempo.

La chica le miró y se echó a reír, y su risa fue una especie de conjuro que rompió el silencio de la mañana. El hombre que tenía una misión se dejó arrastrar por el hechizo y sonrió a su vez, y olvidó una vez más el portal que tenía que vigilar.

—Sí, se me sigue dando bien —confirmó la chica—, lo que he querido decir es que hubo un día en que pensé estudiar Arquitectura, porque se me daba bien dibujar.

—¿Ya no piensa estudiarla?

La muchacha negó con la cabeza, apretando los labios:

—Mi familia no puede permitírselo —dijo—. Tengo que trabajar.

—Espero que no esté trabajando ahora mismo —dijo el hombre, señalando con el mentón un portafolios que la chica abrazaba contra el pecho.

—No. ¿Por qué? —preguntó ella, intrigada.

—Porque pensaba invitarla a un café —respondió él, y al decirlo le sobresaltó su propia audacia, y el temor que tenía a que ella le dijera que no—, y charlar de edificios hermosos. Vivo en París —dijo, como quien arriesga una carta en el póquer.

Supo enseguida que la jugada había tenido éxito. La chica abrió la boca, con un intenso brillo de ilusión en los ojos, y preguntó:

—¿En París? ¿Lo dice en serio? Daría todo el dinero que no tengo por ir a París.

—Entonces déjeme que al menos se lo cuente, le prometo no ser muy pesado.

La chica titubeó.

—No quiero que piense que soy una descarada.

—Eso es lo que no quiero que piense usted —dijo él—. Para mí es un privilegio encontrar alguien con quien poder hablar de estas cosas. Solamente le pido que no me quite ese privilegio.

—De acuerdo —dijo la chica, sonriendo—. Acepto. Pero solo dispongo de media hora.

—Entonces hablaremos con rapidez —sugirió él.

Le indicó con la mano un local abierto en la acera de enfrente, un café pequeño con aire de haber visto días mejores. Mientras se dirigía con ella hacia él, se preguntó qué le diría Andrés si veía de qué forma había abandonado la vigilancia de su tela de araña.

De repente la chica se detuvo. Extendió la mano, con un ademán extrañamente contenido, los dedos juntos, el brazo encogido:

—Ni siquiera nos hemos presentado: Mi nombre es Alicia Verdú.

El estrechó la mano que le tendían, sin apretarla. La piel estaba suave y cálida.

—Yo soy Víctor Marzo —dijo sin titubear.

Daniel llegó a su casa a mediodía, cansado, después de haber hecho todos los repartos de la mañana. Su madre hacía en casa trabajos de costura, y desde que él había dejado el colegio —no había dinero para ir al instituto— y se había puesto a trabajar también, llevaba sus encargos aprovechando que su trabajo lo tenía en la calle todo el día.

Trabajaba de recadero en el Ministerio de Hacienda. Llevaba abultados sobres de papel grueso de un lado para otro, de una instancia oficial a otra, a veces también a casas, situadas por regla general en los barrios más ricos de Madrid. Si se daba prisa, le daba tiempo a entregar de camino los paquetes de su madre. Nadie le pedía cuentas por el tiempo que tardaba en sus recorridos. Los transportes eran lentos, y de todas maneras su jefe, don César Leante, nunca parecía tener ninguna prisa.

Subió de dos en dos las escaleras de gastada madera, y al llegar al cuarto piso dobló a la izquierda y salió por un corto pasillo al patio de vecinos que se abría a espaldas de la escalera principal. Una enorme corrala, recorrida de un extremo a otro por galerías sostenidas por vigas de hierro, repleta de macetas y de flores, daba escenario al teatro de las vidas de más de una docena de vecinos, a la mayoría de los cuales recordaba allí desde muy niño. En el primer piso, es decir, prácticamente sobre las losas rojas del fondo del patio, vivía don Alberto, el practicante, que fungía de hecho como médico de la vecindad

arremolinada en la corrala. En el segundo, justo al otro lado, doña Maruja, viuda de un comerciante que le había dejado en herencia una diminuta chocolatería en la que la mujer fabricaba churros al mismo ritmo que profería exabruptos a su madrugadora clientela. En el tercero, el matrimonio de Félix y Elisa era, junto a Daniel y a Arturo, su vecino de enfrente y amigo, la única nota de juventud en aquella casa. El resto del vecindario estaba formado por gente de mediana edad, sin hijos, empleados en toda clase de trabajos.

La de la casa de Daniel era una puerta oscura sin ningún adorno, una de las pocas que no ostentaba un Corazón de Jesús o una virgencita de latón. Junto a la puerta estaba la única ventana que daba al patio, la ventana por la que la luz entraba en la casa, y tras ella estaba la mesa camilla donde su madre trabajaba. Mientras metía la llave en la cerradura, vio a través del cristal el costurero abierto sobre la mesa, una tela caída en múltiples pliegues, unas tijeras.

—¡Mamá, ya estoy aquí!

Cruzó la salita y se dirigió a través del angosto distribuidor hacia la cocina, donde su madre hacía la comida en un ancho fogón de carbón. Sobre la plancha hervía una gran cacerola de color rojizo con desconchones grises.

—¿Qué hay de comer?

—¿Es que no vas a darme un beso?

Daniel se acercó a su madre, y mientras la besaba levantó la tapa de la cacerola: un caldo anaranjado cuyo aroma indicaba la presencia de una futura sopa de pescado.

—¿Qué tal la mañana?

—Bien.

—¿Entregaste el paquete de los Cabanillas?

—Sí. No te imaginas a quién he visto en el Paseo del Prado.

—Seguro que no me lo imagino.

—A Lothar Keir.

La madre alzó la vista, y Daniel, como siempre, admiró la belleza de sus ojos claros y el contraste que hacían con su pelo negro. Rocío Guarnier era una mujer joven, que aún no había cumplido los cuarenta años, y a quien nadie hubiera dado por madre de un muchacho de diecisiete. Le habían salido arrugas en torno a los ojos, que generalmente tenían una expresión de profundo cansancio, pero que a veces, en momentos como ese, cobraban una vida insospechada. Daniel advirtió la señal de alarma encendida en el fondo de aquella mirada.

—Todavía estás con eso —dijo.

Daniel recordó solo en ese momento que a su madre nunca le había gustado su afición a *Signal* y a las batallas, a los recortes de periódicos llenos de soldados en actitud heroica y los mapas llenos de líneas y flechas que cubrían la mesa en sus ratos libres y que él miraba y volvía a mirar. Le había dicho alguna vez que ella ya había tenido bastante guerra. Nunca se había enfadado, pero a él siempre le había parecido que estaba triste.

Suponía que era por su padre. Su foto en la mesilla de noche de ella era lo único que quedaba de él. Rocío jamás hablaba de su marido, solo le había dicho que había muerto en la guerra, y cuando él, siendo niño, le había preguntado que por qué no tenía una foto suya de militar, ella le había mirado sin responder, con una tristeza que casi le dio miedo.

—No, no —dijo, a la defensiva, volviendo al presente—. No es que esté con eso. Pero es que le he visto. Aquí, en Madrid.

La señal de alarma se avivó aún más, y Daniel tuvo la sensación de que, al menos, estaba empezando a tomarle en serio. Pensó que era el momento de insistir:

—Estaba sentado en un banco, leyendo el periódico, y cuando vio que me fijaba en él se levantó y se fue. Estaba más viejo, pero estoy seguro de que era él.

Su madre terminó de secarse las manos en un trapo y lo dejó sobre la encimera.

—¿Iba con alguien? —preguntó.

—No. Estaba solo.

Rocío Guarner pareció reflexionar. Miraba a Daniel, pero en sus ojos se advertía que no lo estaba viendo, que su mente estaba muy lejos de allí. Por fin, movió la cabeza como si descartara alguna idea y destapó la cacerola.

—¿Qué crees que hará en Madrid? —preguntó Daniel.

—Estará tomándose unas vacaciones baratas a cuenta de nuestra miseria —respondió su madre como un trallazo.

La inusual violencia de la frase sorprendió a Daniel. Guardó silencio, sin saber qué decir. Vio cómo ella parpadeaba con rapidez y recobraba el control:

—Eso no nos importa. Esa gente es peligrosa. Si ves a alguno de ellos, lo mejor es cambiarte de acera.

—Mamá, por favor. Que si veo a alguno de ellos. Como si fueran por ahí todos los días —respondió Daniel, tranquilizador.

La media hora se transformó en una, y cuando Alicia, después de sesenta minutos de París, de historias y de leyendas, de avenidas inmensas y de trenes cubriendo largas distancias, miró su diminuto reloj de pulsera y dijo que lo sentía, pero tenía que irse, Víctor sintió el temblor de una conmoción olvidada.

—Lo he pasado muy bien —dijo ella—. Hacía tiempo que no tenía ocasión de hablar de estas cosas. Gracias. Y gracias por la invitación.

—Yo soy quien tiene que darle las gracias.

Hubo un momento de silencio incómodo. Alicia sonrió y le tendió la mano:

—Adiós, Víctor. Espero que tenga una buena estancia en Madrid.

Él estrechó la mano pequeña, y notó que ya no estaba rígida, que los dedos realmente rodeaban su mano. Y la retuvo:

—Alicia...

—Dígame.

En la mente de Víctor pugnaron dos imágenes contrapuestas, dos deberes igual de poderosos, dos tentaciones enfrentadas. Se dio cuenta de que ambas formaban una esfera, como la tierra misma, y de que se verían alternativamente iluminadas por la sombra y la luz.

—¿Existe la posibilidad de que vuelva a verla antes de irme? —se decidió a decir.

El rostro de Alicia adoptó una expresión curiosamente relajada, mezcla de halago y de cautela, y Víctor se preguntó de pronto cómo era posible que, a su edad, estuviera haciendo eso. Cómo era posible que volviera a empezar otra vez, que estuviera viendo otra vez ese rostro impasible de las mujeres cuando se les formula una proposición, que estuviera probando su suerte con alguien tan joven.

—No lo sé, Víctor —dijo ella al fin, y él creyó distinguir al menos la esperanza que daba la duda—. Pasado mañana voy a ir al Museo del Prado —continuó, sin mirarle, alzando la vista una vez más hacia la gran bóveda de la estación, como hacía una hora—: Más o menos en torno a esta hora. Todavía no es seguro, pero creo que iré.

—Tengo buenos recuerdos del Museo del Prado —dijo Víctor—. Uno siempre regresa a los lugares de los que guarda buen recuerdo.

Alicia sonrió.

—Adiós —dijo tan solo, dándose ya la vuelta para irse.

Víctor Marzo la despidió con un gesto de la mano, con una media sonrisa.

Qué estás haciendo, Javier, se dijo.